

bernador con perdices y capones; y más, que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos. Y, si vuesa merced mira en ello, verá que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobiernos de insulas que un buitre; y, si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me^a quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno.

— Por Dios, Sancho, — dijo D. Quijote, — que, por solas estas últimas razones que has dicho, juzgo que mereces ser gobernador de mil insulas. Buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga. Encomiéndate á Dios, y procura no errar en la primera intención: quiero decir que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos. Y vámonos á comer, que creo que ya estos señores nos aguardan. »

a. ...mas quiero. V.3, BAR.

« DON FERNANDO. No sé;
Recuéstala un infanzon
Asaz valiente é galan,
Fidalgo é home de pro,
E que él se la mereciera
A no merecella yo. »

(ROJAS. *Nuestra Señora de Atocha*, jorn. I.)

«...porque, aunque no habia este nombre en el calendario, tampoco habia el de Lain, Nuño, Tristan, Tello, ni Peranzules, y constaba que los habian tenido hombres de gran pro y de mucha cuenta.» (P. ISLA. *Fray Gerundio*, lib. I, cap. 4.)

«...y muy persuadido ya que habia de sacar en Fray Gerundio un predicador de gran pro con desempeño de la fianza que habia hecho.» (P. ISLA. *Fray Gerundio*, lib. III, cap. 1.)

4. ...yo no sé más de gobiernos de insulas... más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno. — Harto significativo es este diálogo; y, los que apetezcan contestar á los que tienen el *Don Quijote* por libro nada religioso, pueden tomar nota de las últimas palabras.



CAPÍTULO XLIV

Cómo Sancho Panza fué llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á D. Quijote

DICEN que^a en el propio original desta historia se lee que^b, llegando Cide Hamete á escribir este capítulo, no le^c tradujo su intérprete como él le^d habia escrito; que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de D. Quijote, por parecerle que siempre habia de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos. Y decia que el ir siempre atendido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sujeto y hablar por las bocas de

a. ...que la que en. ARG.1.2, BENJ. — | c. ...no lo tradujo. ARG.1.2, BENJ. —
b. ...se lee llegando. ARG.1.2, BENJ. — | d. ...él lo habia. ARG.1.2, BENJ.

Del riquísimo venero de donde se arrancaron hermosas concepciones y variadísimos episodios salió este, precisamente en el momento en que, á juicio del intérprete de Cide Hamete, la historia del Ingenioso Hidalgo era ya tan seca y desabrida, que diríase agotado para siempre el asunto que dió materia á risa y graves reflexiones. Sin el enojo producido por enfadosas repeticiones, se leen en este capítulo frases henchidas de platónico espiritualismo y de tan pura idealidad, que su concepto llena de fragancia el alma del lector. Ese «*déjeme que yo me las haya conmigo y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad*»; ese cerrar la ventana con regio desdén tras el incitante canto de Altisidora; esa serenidad de alma alcanzada por muy pocos en escritos penetrados por todas sus partes de trascendental humanismo.

pocas personas, era un trabajo incomfortable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor; y que, por huir de este inconveniente, había usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la *del Curioso impertinente* y la *del Capitán cautivo*, que están como separadas de la historia, puesto que las^a demás que allí se cuentan^b son casos sucedidos al mismo D. Quijote, que no podían dejar de escribirse. También pensó, como él dice, que mu-

a. ...que lo demás. ARG. 1. — b. ...se cuenta son. ARG. 1.

Línea 1. ...era un trabajo incomfortable. — Que el adjetivo *incomfortable* era entonces de uso corriente, lo acreditan las citas que siguen al pasaje de nuestro autor; y que el *insoportable*, muy en boga hoy, aventaje al sinónimo propuesto, es tema que daría ocasión á diversidad de opiniones.

« Y es cierto que era tan *incomfortable* la fuerza que el demonio me hacía, ó mi ruin costumbre, que no fuese á la oracion, y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo... para forzarme, y en fin, me ayudaba el Señor. » (SANTA TERESA. *Libro de su vida*, cap. 8.)

« Y para que Vmd. bien entienda esta nuestra triste, costosa y larga navegacion por esta carta de marear, ha de presuponer que en esta galera de prentension de oficios temporales (digo de corregimientos) bogamos tres géneros de gentes: letrados, que en esto no lo somos; soldados que, como quien por huir de los trabajos y desasosiego del mundo se casa, huyendo de la menor guerra que es la de las armas, se vienen á meter en ésta, que es muy más *incomfortable*. » (EUGENIO DE SALAZAR. *Epistolario español*.)

« Y demás del trabajo *incomfortable*,
Faltando ya el refresco y bastimiento,
La aquejadora hambre miserable
Las cuerdas apretaba del tormento;
Y el bien dudoso, y daño indubitable
Desmayaba la fuerza y el aliento,
Cortando un dejativo sudor frio
De los cansados miembros todo el brio. »

(ERCILLA. *La Araucana*, canto XXXV.)

2. ...por huir de este inconveniente, había usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la «*del Curioso impertinente*» y la «*del Capitán cautivo*». — Defiéndese aquí, porque sin duda arreció la crítica, de haber intercalado las susodichas novelas. Decimos «arreció» porque hasta ahora no se había defendido del reparo sobre la falta de unidad. Allá en el cap. 3 de esta segunda parte, Sansón Carrasco, en quien está representada la crítica de aquellos días, hace la pregunta en forma suave, que al fin queda sin contestar. Ello es evidente: sacada de aventuras contemporáneas la segunda; engalanada la primera con profunda psicología; autobiografía en parte la *del cautivo*; ideal irrealista, tipo de la mujer fuerte que luego cae en la abyección, la de *El curioso impertinente*; entrambas producciones ofréncense á nuestros ojos engarzadas con hilo de oro á la gigantesca y total labor del novelista en la que se junta con alta unidad estética el pensamiento del artista.

chos, llevados de la atención que piden las hazañas de D. Quijote, no la darían á las novelas, y pasarían por ellas ó con priesa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de D. Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz; y así, en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo^a pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun éstos limitadamente y con solas las palabras que bastan á declararlos. Y pues se contiene y cierra en^b los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir.

a. ...que le pareciesen. FK. — b. ...cierra los. GASP.

11. ...teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo. — Que no le faltan tan relevantes prendas, lo pregona el prólogo á la primera parte, donde, á par que se admira la gracia y el donaire, lucen en él tales rasgos de erudición, que acreditan la suficiencia y buen entendimiento de su autor. ¿Qué otra cosa significa aquel continuar hasta el fin nombrando máximas de fino juicio y sincero corazón? Porque ¿quién como él engrandece con una exquisita poesía la naturaleza de la amistad (I, 27), y llora los daños que le vienen de la mala correspondencia? ¿No es él quien funda, con bella máxima de natural filosofía, la felicidad de los casamientos en la igualdad y mutuo amor de las personas (II, 5, 19, 25), honrando á una novia con un breve pero lindo epitalamio? (II, 21). Y, si describe las buenas partes que debe tener una dama, ¿no pone el último punto de su hermosura en la honestidad? (II, 32). Y, porque nada se eche de menos en tan oportuno asunto, ¿no pinta también con gran propiedad los oropeles y posturas de un jaque músico y presumido para precaución de las incautas doncellas, mostrando luego el ordinario mal paradero de las livianas y antojadizas? (I, 51). Pero ¿qué documentos tan apropiados no da nuestro autor á los que siguen el noble ejercicio de las armas! (II, 24). ¡Y cómo muestra con ejemplos lo que pueden y deben hacer pechos generosos en bien del Príncipe (II, 8), honrando, con un breve pero acabado elogio fúnebre, la memoria de valientes guerreros (I, 39) que murieron espada en mano en bien y gloria de la patria! Y ¿no hace una breve pero eficaz invectiva, por afecto de humanidad, contra las armas de fuego (I, 38), de aquel modo que la hizo Tibulo, en la elegía 4.^a del primer libro, contra las armas que entonces se usaban, sólo por mostrarnos que es don muy precioso la vida del hombre, y que, sin gravísimas causas, no debe ir expuesto al ciego furor de la guerra? (1)

12. ...pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir. — « Esto es, no por lo que ha podido decir, sino por la manera difícilísima en que únicamente lo podía decir, para

(1) Véase GARCÉS, en el prólogo á su segunda parte.

Y^a luego prosigue la historia diciendo que, en acabando de comer D. Quijote el día que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos para que él buscase quien se los leyese; pero, apenas se los hubo dado, cuando se le cayeron y vinieron á manos del
5 Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de D. Quijote. Y, así, llevando adelante sus burlas, aquella^b tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento al lugar que para él había de ser ínsula.

Acaeció, pues, que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del Duque, muy discreto y muy gracioso (que no puede haber gracia donde no hay discreción), el cual había hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido; y, con esto y con ir industriado de sus señores de cómo se había de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente.

15 Digo, pues, que acaeció que, así como Sancho vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi, y, volviéndose á su señor, le dijo: «— Señor: ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy, en justo y en creyente, ó vuesa merced

a. ...escribir: luego. BR. 4. — b. ...burlas, á la otra tarde. ARG. 1, 2, BENJ.

que lo dejara pasar el censor..., demuestra cuán errados están los que nos burlan ó menosprecian á los que con más ó menos acierto somos mantenedores del sentido esotérico del *Don Quijote*. »

El autor de las precedentes líneas, cuyo nombre no hemos de declarar, imaginase haber comprendido cual ningún otro la alteza del pensamiento de Cervantes; y como si hubiese descubierto algo de más ingenio, de más mérito, que la misma telegrafía sin hilos, osa decir que en la marcha de Sancho para su gobierno entra personalmente la parte material del Elemento Redentor, pero asistida de la parte espiritual, y que ahora empieza sus enseñanzas en una nueva forma en que, por una parte, se ven aislada é independientemente los hechos de D. Quijote, por otra los de Sancho, y por otra los de los Duques, es decir, donde se va analizando separadamente lo que se relaciona con el Espíritu Redentor puro, con el Espíritu Redentor en acción, siendo el agente Sancho, y con el Poder Especulativo.

Á tan estupendo descubrimiento pudiera oponerse lo que, hablando del sentido recóndito de la fábula, dijo Tubino: «Cree el Sr. Benjumea que sólo hemos visto al Quijote armado y oculta la fisonomía con la visera de papelón, y que nos hemos contentado con reír de sus acontecimientos, burlarnos de su arrogancia, compadecernos de sus caídas y celebrar en coro los donaires de su escudero, es decir, que nos preocupamos exclusivamente de la letra, abandonando el espíritu como cosa secundaria ó incomprendible. »

¿Son, por ventura, preguntamos, indescifrable hieroglífico las palabras que han dado origen á esta nota? ¿Qué alegoría verdaderamente enigmática ofrecen al lector? ¿Se trata de las obscuridades de aquel evangelio del panteísmo, como llamó al *Fausto* uno de sus mejores analistas?

me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del Duque, que aquí está, es el mismo de la Dolorida. »

Miró D. Quijote atentamente al mayordomo, y, habiéndole mirado, dijo á Sancho: «— No hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente (que no sé lo que quieres decir), que
5 el rostro de la Dolorida es el del mayordomo; pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que, á serlo, implicaría contradicción muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que sería entrarnos en intrincados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de veras que nos libre á los
10 dos de malos^a hechiceros y de malos encantadores.

— No es burla, señor, — replicó Sancho, — sino que denantes le oí hablar, y no pareció^b sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Ahora bien: yo callaré; pero no dejaré de andar advertido, de aquí adelante, á ver si descubre^c otra señal que confirme
15 ó desfaga mi sospecha.

— Así lo has de hacer, Sancho, — dijo D. Quijote; — y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere^d. »

Salió, en fin, Sancho acompañado de mucha gente, vestido á lo
20 letrado, y encima un gabán muy ancho de camelote^e de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho á la gineta; y detrás dél, por orden del Duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvía Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan
25 contento, que no se trocara con el emperador de Alemania^f.

a. ...de hechiceros. PELL. — b. ...no parece fino. TON. — c. ...si descubro otra. TON. — d. ...te sucediere. Al despedirse San-

cho de los Duques. ARG. 1. — e. ...de camelote de. C. 4, V. 3, BR. 4, 5, BAR, TON., A. 1, BOW., PELL., MAI. — f. ...Alemania. MAI., FK.

12. ...sino que denantes le oí hablar. — Leída de nuevo nuestra nota al cap. 43 de la primera parte (1), no se ha de retocar ninguno de sus extremos; por lo que sólo ha de añadirse un ejemplo que, con los allí citados, compruebe el uso del término *denantes*.

«Pues si esto os decía así
Como os decía *denantes*
Todos vivís dentro en mí
Y todos sois ignorantes
Y yo soy el rey aquí.»

(ANÓNIMO. *Las bodas de España*, esc. II.)

(1) Tomo III, pág. 219.

Al despedirse de los Duques les besó las manos, y tomó la bendición de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la^a recibió con pucheritos^b.

Deja, lector amable, ir en paz y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo; y, en tanto, atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche; que, si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de jimia, porque los sucesos de D. Quijote ó se han de celebrar con admiración ó con risa. Cuéntase, pues, que, apenas se hubo partido Sancho, cuando D. Quijote sintió su soledad,

a. ...Sancho las recibió. GASP., CL., A. 2. — b. ...con pucheritos. Salió, en fin, acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gaban muy anecho de camelote de aguas, leonado, con una montera de lo mesmo, sobre un macho á la jineta; y detrás dél, por orden del Du-

que, iba el Rucio, con jaces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvió Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemania. Deja, lector amable. ARG. 1.

1. ...y tomó la bendición de su señor. — Costumbre caballeresca, de la que nos informa, entre otros libros, la *Historia de Carlo Magno*, en el cap. 7: «...se volvió el conde Reguer a su hijo, y mezclando algunas palabras, con muchas lágrimas, le dió la bendición, y se partió Oliveros en busca del gigante.»

2. ...y Sancho la recibió con pucheritos. — De esta actitud que precede al llanto, real ó fingido, hay nuevo ejemplo en el último capítulo de la novela cuando Sancho, viendo llorar al ama y sobrina, comenzó á hacer pucheritos y derramar no pocas lágrimas.

10. ...D. Quijote sintió su soledad. — Un escritor portugués, Fr. Pedro do Rosario, discurre así sobre los vocablos *saudades* y *soledad* (1):

«*Saudades*, dizem muitos que he o mesmo que *soledade*, mas parece que diffinem o que nao experimentárao, porque *saudades* sempre suppoem amor: *soledades* nom sempre suppoem amor. Todos os que tem *saudades* sao amantes, nem todos os que estao em *soledade* sao amantes. As *saudades* incluem en si á *soledade* porque quem tem *Saudades*, ainda quando mais acompanhado está mais só, e a *Soledade* nom incluye en si as *saudades* por que nem todos os que estao em *soledade* tem *saudades*. Las *Saudades* se interpretan pelo amor ó amor pelo padecer, mais padece quem mais ama. Logo nao he o mesmo *saudade* que *soledade*, nem todas as vezes que vemos á alguen só, vemos que padece, e todas as vezes que vemos á alguen con *saudades* vemos que padece muito.» (*Sermom das Saudades da Virgen Maria.*)

El célebre Jacinto Freyre de Andrade, decía en una poesia española:

«Ya, *soledades* mías,
No lloro que me ofenda
Lo que vivo en *saudades*,
Sino morir de ausencia.»

(1) Véanse *Estudios prácticos del habla española*, por A. DE CASTRO, pág. 294.

y, si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno, lo hiciera.

Conoció la Duquesa su melancolía, y preguntóle que de qué estaba triste: que, si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas había en su casa que le servirían muy á satisfacción de su deseo.

«—Verdad es, señora mía, — respondió D. Quijote, — que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste, y, de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen; y en lo demás suplico á vuestra ex-

D. Francisco Manuel de Melo, en su poesia *Saudades* por la partida de una pastora, dice:

«Muera yo con quien vivo:
Muera, no viva ausente:
Vivir acá no es vida,
Morir allá no es muerte.»

Hay, pues, tres autoridades que discurren con gran acierto sobre la analogía y diferencia de los vocablos propuestos, que últimamente han dado materia á una disertación nacida de empeñada polémica; y nosotros, entendiendo estar llena de dulce tristeza la soledad que sentía D. Quijote, traemos á este lugar los pasajes allí aducidos en que se prueba que desde el siglo XVI hubo quien paró mientes en el sentido de una y otra voz:

«En los siglos XVI y XVII, y creo que merced á la influencia de las versiones del portugués (aunque lo veo usado en *Amadis*, en *Esplandian* y en *Primaleón*), el vocablo *soledad* llegó á tener un sentido tan amplio como el lusitano *saudade*, significando: nostalgia, tristeza, pasión de ánimo, etc. Así dice Zabaleta (*El día de fiesta por la mañana*; ed. cit.; pág. 176):

«Si la possession le causa fastidio, la ausencia haze que le cause soledad: la costumbre de verla muy á menudo, haze que no se hallen los ojos sin verla.»

Obsérvese, sin embargo, que aun en este párrafo la palabra *soledad* denota, más ó menos directamente, la *falta de compañía*. Por eso creo que acertó Jáuregui cuando dijo, en su *Antídoto contra las Soledades* de Góngora, que: «*Soledad* es tanto como falta de compañía, y que no se dirá estar solo el que tuviere otro consigo.» Y á pesar de que Pellicer defiende á Góngora y á los culteranos, apoyándose principalmente en textos *latinos* (!...!), esa y no otra era la acepción propia de *soledad* en castellanó, y creo que será en vano buscar un uso general de otro sentido antes del siglo XVI. Para hallar otras *soledades* en casa propia, es indispensable contar con las *saudades* del vecino. (Véase el tomo II, pág. 632, de mis *Libros de Caballerías*; Madrid, 1908.)

El mismo Vélez, que era andaluz y no ajeno al culteranismo, tenía conciencia de esta derivación á que nos referimos, y por eso, como hemos visto, emplea en el *Cojuelo soledades* y *saudades*, sin duda para que se apoyen y complementen mutuamente.» (1)

(1) *El Diablo Cojuelo*, comentado por A. BONILLA SAN MARTÍN, pág. 231.